



SOCIALISMO COMO ESPIRITUALIDAD ?

José I. González Faus, S.J.

Estas sugerentes reflexiones del P. González Faus están extractadas de un artículo mucho más amplio publicado en la revista española "Iglesia viva", n. 52-53.

Queremos plantear la cuestión angustiosa de las relaciones entre la fe cristiana y el compromiso revolucionario desde la plataforma de la "doble y única fidelidad" a Cristo y al mundo oprimido. Al partir de esta difícil unidad queda desautorizado el enfoque pragmatista que aborda las relaciones entre fe y compromiso a base de la clásica pregunta: ¿Qué me aporta la fe? Esta no es la pregunta de la fidelidad. La fe se aporta simplemente a sí misma. Y la cuestión verdadera es más bien esta otra: ¿qué hay que exigir al militante en nombre de la fe?

Sólo si se abordan las cosas de esta manera será posible constatar, al término de un largo proceso, que, en efecto, hay aportaciones propias de la fe. Pero "propias" no quiere decir "exclusivas". Si las aportaciones de la fe no fuesen "humanas" ya no serían aportaciones. Y si son humanas, esto significa que no es imposible llegar a ellas desde fuera de la fe, es decir, desde un nivel profundo de huma-

nidad (el cual, por lo demás, es raro y bien difícil de obtener tanto para el creyente como para el incrédulo; y en el cual el creyente tendrá derecho a reconocer la obra silenciosa del anónimo espíritu de Jesús y de su Padre). "Aportación específica de la fe al compromiso" no significa hablar de algo que sólo haya de tener el militante cristiano, sino de algo que *se le debe exigir* necesariamente al creyente auténtico comprometido.

Teniendo en cuenta el esquema de relaciones entre lo sobrenatural y lo humano, tal como lo fundamenta una cristología, y teniendo en cuenta las alusiones que hicimos antes a la doctrina de la justificación, no es difícil parafrasear esa dialéctica de la "doble y única" fidelidad en fórmula como la siguiente: la revolución encarna a la fe, pero la fe desmitifica a la revolución. Y si aplicamos esta fórmula a determinados problemas que nos parecen característicos del momento, quizá podamos concretar esa exigencia-aportación de la fe en algunos rasgos concretos que --sin pretender agotar el tema-- pensamos que habría que exigirlos hoy al militante cristiano en nombre de su fe. Por ejemplo: (1) una liberación de todo ensueño milenarista; (2) una voluntad insobornable de rigor en el análisis; (3) una buena dosis de salud mental; (4) el empeño de no hacer la revolución en provecho propio y (5) una particular actitud ante la lucha y la violencia.

1. Liberación del ensueño milenarista

El cristiano ha hecho en la historia de su iglesia la experiencia de que el milenarismo es, a la vez, una pendiente hacia la que la fe empuja, y una pendiente errónea. El error del milenarismo radica en pretender eliminar la ambigüedad de la historia. Y esto ocurre cuando se establece como punto de partida incuestionable la seguridad del éxito intrahistórico definitivo (tanto si se la funda en un dogma teológico del reino de Dios, como si se la funda en un análisis pretendidamente científico). Una empresa cuyo éxito sea infalible ya no es una empresa humana. La historia, para el creyente, se halla siempre abierta, a nivel individual y a nivel colectivo. En ella crecen y luchan dos gérmenes y dos dinamismos opuestos; de progreso y de muerte, de humanización y de

deshumanización. Más aún: para quien cree en la justicia, todos los éxitos prácticos que se obtuvieron en la historia pisoteando la humanidad del hombre, no han quedado justificados por su resonante eficacia práctica, sino que pesan sobre la historia, amenazando con cobrar bien caro su triunfo.

En otro lugar hemos discutido más ampliamente con los afanes milenaristas, para llegar a la conclusión de que el compromiso del cristiano no se funda en la exigencia de la esperanza intrahistórica, sino en la exigencia del amor y en la dignidad del hombre: justicia y libertad son valores por los que vale la pena luchar por ellos mismos, aunque no fuera cierto que van a triunfar, ni cuándo ni en qué medida. Pensamos que sólo de esta manera se libera la teoría revolucionaria del terrible psicoanálisis a que la somete nuestro mundo positivista y escéptico, que la explica como una simple proyección de deseos inconscientes. André Malraux escribió no hace mucho que "la revolución juega hoy el papel que jugaba antaño la vida eterna". Con esta frase se hace a la revolución (aunque sea marxista) exactamente la misma crítica que hiciera Feuerbach del cristianismo: el deseo se proyecta y a esa proyección se la llama revelación divina (en un caso) o explicación científica (en el otro); pero el mecanismo es el mismo.

Pensamos que sin capacidad para afrontar lúcidamente esta crítica o esta tentación no hay compromiso cristiano. Y esto tiene inmediatamente una consecuencia práctica.

2. Voluntad insobornable de rigor en el análisis

En contra de los que sueñan con imponer algunas ortodoxias de grupo, el cristiano debe aceptar que un análisis no será tanto más científico cuanto más favorezca a la revolución, sino al revés: una revolución es tanto más auténtica cuanto más respeta y menos camufla o manipula los datos del análisis. El respeto a la realidad "tal cual es" (Bonhoeffer no temería hablar de sumisión) es un rasgo típico de la vida de Jesús y de la actitud cristiana. Insistimos en este punto porque pensamos que en el marxismo hay una dosis grande de

idealismo (en el sentido más noble y no peyorativo del término). Pero se trata de un idealismo del que el marxista no suele --o no quiere-- ser consciente, precisamente por lo decidido de su profesión materialista explícita. Esto implicará el peligro de que muchas cosas que, en definitiva, son "ética", se hagan pasar como simple "ciencia", con lo cual su realización fracasará por haber creído que la nobleza de sentimientos dispensa del cálculo. Si ante eso se exige al militante un esfuerzo máximo de objetividad y una voluntad audaz de no cerrar los ojos a ningún dato, sea favorable o no, dicha exigencia no tiene nada que ver con las habituales apelaciones al "realismo" como excusa para justificar la propia pereza o la propia falta de coraje, pues un rasgo inherente a lo humano es precisamente que el éxito sólo se consigue arriesgando. Se trata simplemente de dejar al riesgo ser riesgo, sin dorar piadosamente la píldora, de convertirlo en riesgo humano.

En la práctica, esto supondrá la decisión de no limitarse a repetir dogmáticamente el análisis que Marx hiciera en el pasado, sino --aceptando que la historia no transcurre mecanicistamente y que la realidad cambia-- preguntarse cuáles son los análisis que Marx haría hoy. Un dogmatismo de manual o de escolástica repetidora, es lo más contrario a un auténtico marxismo. Marx mismo declaró en este sentido que él no era un marxista; y estas palabras constituyen hoy una excomunión para muchos escribas y fariseos del marxismo oficial.

No es posible ahora emprender detenidamente estos análisis ni estamos capacitados para ello. Pero la afirmación anterior resultará demasiado vaga y teórica si no se concreta al menos en forma de preguntas. Ahí van dos bloques de ellas.

1. Cabe preguntar hasta qué punto son exactas hoy, tal cual, las afirmaciones de Marx sobre la pura negatividad del proletariado (que lo convertía en agente infalible de la liberación de todos los hombres) o sobre las contradicciones internas del capitalismo (que garantizarían su desintegración

en plazos más o menos cortos). Ciertamente esas contradicciones han actuado (y no es este el momento de evocar las sucesivas crisis del capitalismo en los años del cambio de siglo), pero la cuestión es si el afán de supervivencia o la sagacidad de los hijos de las tinieblas no han hecho generar al capitalismo unos mecanismos de defensa mínimos, los cuales han eliminado la pura negatividad del proletariado hasta niveles que éticamente son insuficientes pero que aminoran su capacidad revolucionaria. ¿Qué tienen hoy en común un obrero USA y un minero latinoamericano? Con la sociedad de consumo, el proletariado descrito tan trágicamente por Ragaz tiene por primera vez cierto acceso al fruto de la producción en una medida que éticamente es injusta pero que es suficiente para comenzar a producir mecanismos de defensa a nivel individual. Quien por primera vez después de años de hambre ha tenido acceso a su pequeña parte de pastel, no querrá ponerla en peligro. Este factor es explotado hasta el máximo por el capitalismo. A pesar de los pesares está en pie que "hoy vivimos una situación revolucionaria y en el futuro viviremos la historia cada vez más como revolución", tesis que se plasma en la conciencia nueva, tan aguda y tan extendida, de que hay que, "decir no" a nuestro mundo. ¿No es un síntoma a considerar el que los protagonistas de ese "no" hayan dejado de ser los clásicos individuos personalmente frustrados o mal integrados, que componían la imagen tradicional del revolucionario, y hayan pasado a serlo sectores que se han vuelto "desconcertantes" en nuestra sociedad? El repetido protagonismo contestatario de la juventud, así como de grupos de creyentes y del mismo clero, son fenómenos que todavía no han sido adecuadamente interpretados y que desbordan por completo toda interpretación simplemente moralista o psicologista.

2. El equilibrio USA-URSS, y el práctico reparto del mundo subyacente a ese equilibrio, ¿no constituye otra gran novedad del momento, imprevisible para Marx?, ¿no es éste un factor que modifica considerablemente todos los planteamientos antiguos, las relaciones de fuerzas y las mismas estrategias? Quizá en Latinoamérica es donde han

sabido ser más sensibles a este nuevo factor, asociando al lenguaje de dominación capitalista, el de "dominación colonial"; las vidas de las sociedades ya no vienen determinadas ni por las propias necesidades ni por los intereses de los grupos dominantes, sino por los intereses de las nuevas "metrópolis" a las cuales, sabe plegarse lo que Hélder Cámara denomina "nuevas minorías herodianas".

Esto hace que el socialismo que cabe esperar en un país concreto no vaya a ser precisamente más cómodo. Todos los socialismos han sido difíciles contra su voluntad: este dato es nuevo, pero está ya avalado por la experiencia. La intuición de Marx, de la identidad entre progreso y justicia, no se cumple tan fácilmente cuando la revolución, que había de ser mundial, sólo es nacional y se ve oprimida por el poder del resto del mundo (Chile ha sido el último ejemplo doloroso y preclaro.)

En esta situación, el revolucionario, lejos de profesar ideológicamente la vinculación, entre justicia y progreso, se puede ver obligado a luchar por el socialismo, consciente de que, de momento, quizá sólo signifique apretarse el cinturón. Se puede ver obligado en ocasiones a optar aparentemente entre la justicia y el progreso o por la justicia y contra el progreso. Es una opción dura. Pero el creyente debería ser capaz de fundarla:

a) En su fe: En el sentido que da a la muerte de Jesús su resurrección, y la seguridad de que la aparente oposición entre justicia y progreso conduce a una identidad más lejana.

b) En la experiencia de que el progreso sin justicia ha terminado por no ser tampoco progreso, allí donde capitalísticamente se optó por él. Parte de la inhumanidad de nuestro mundo es fruto de progresos que se justificaron por sí mismos contra la justicia.

Si son ciertos estos y otros factores (que en parte proceden de los análisis de Marcuse) pueden hacernos ver la dosis de novedad que inyectan a nuestra situación, y lo peligroso que sería ante ellos, limitarse a repetir doctrinaria y dogmáticamente análisis del pasado. Pero lo que a

nosotros nos interesa subrayar es que, al militante cristiano, se le debe exigir la capacidad para soportar esa complejidad, en nombre precisamente de la "desmitificación" de la revolución que recibe de la fe, y que permite a ésta ser precisamente lo que es: revolución (empresa humana con toda su carga de complejidad) y no "religión" (expresión de un anhelo soñador, aunque legítimo, de la conciencia alienada).

3. No hacer la revolución en provecho propio

Del apartado anterior nacerá espontáneamente una actitud luchadora que cuadra a la perfección con el consejo de Jesús: "buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura". Hacer la revolución no "para vivir yo mejor", sino para que la justicia y la dignidad del hombre triunfen. Ser más en vez de tener más. Apostar, como también había apostado Marx, que con el triunfo de la justicia toda otra revolución vendrá dada por añadidura. Y ser fiel a esa apuesta hasta en los caminos de gólgota por los que --según la biblia y la vida-- pasa el triunfo de la justicia.

Aquí se supera definitivamente la falsa antinomia (que siempre se ha planteado "interesadamente" por ambas partes) entre un cambio de estructuras y un cambio de personas. El único norte es el triunfo de la justicia y, cuando se orienta uno hacia él, comprende que hay que cambiar las estructuras para que cambien las personas; pero que sólo personas cambiadas pueden de veras cambiar las estructuras. Aceptar que la dificultad no termina con la revolución sino que quizá comienza con ella y que el futuro no viene por sí solo a través de algún decreto, sino que hay que conquistarlo en cada presente: he aquí el programa. Vale del socialismo lo que tanta gente pregona del matrimonio, acusando tácita o explícitamente la legislación eclesiástica: que no es asunto de firmas, de declaraciones exteriores o de "papeles" es una realidad interior, a la que ningún papel puede sustituir, y que ha de ser conquistada día a día. Esta ha sido la lección de todas las revoluciones.

4. Salud mental

Intentamos recoger aquí lo que Moltmann escribía en el artículo citado: los cristianos deberían aportar a la revolución un poquito de humor. A pesar de lo modesto de la formulación, pensamos que no se trata de ninguna banalidad, y que la experiencia confirma la importancia de este dato.

La fe debería ejercer en el militante una auténtica función liberadora, que brotara de la experiencia gozosa de que, aunque el mundo está en nuestras manos, el creyente (con el mundo a cuestas como aquel niño de san Cristóbal) se encuentra a su vez en las manos fuertes y acogedoras de un alguien misterioso y comprometido con él. Entonces todo es compartido. Y sobre todo: nada es irreversible: ningún logro, pero también; ningún fracaso. Porque nada termina en el hombre. Sólo es irreversible la decisión salvadora de Dios en Jesucristo.

Si todo terminase en el hombre es natural que el peso de la responsabilidad agobie. Y este peso se agiganta por mil factores: desgaste de la clandestinidad, escasez de pequeños rayos de esperanza, la dura experiencia de mil batallas perdidas o de victorias pírricas, divisiones internas. En estas condiciones no es extraño que los militantes soporten a veces una violencia sobrehumana y literalmente enloquecedora y una revolución hecha por locos no tiene futuro. Si la fe no ayuda a sacar un poco de salud mental, será enorme la tentación de sacarla de secretas compensaciones o de la integración en el sistema. La frustración ante sí mismo o ante la propia inconsecuencia, y una agresividad mal reprimida, amenazan entonces al militante.

Pero para que esta función de la fe pueda llevarse a cabo es preciso tomar muy en serio la "doble y única fidelidad", y alimentar con intensidad la fe. La dificultad más gorda no será el disco que el militante tiene que escuchar con frecuencia: que semejante fe libertadora es una forma de alienación, etc. La dificultad más gorda sería que se cumplieran aquellas palabras de Nietzsche: "Para que yo creyese que Cristo es el salvador, haría falta que

quienes le siguen tengan un poco más de cara de salvados".

5. *Actitud ante la lucha y la violencia*

Una "particular actitud" no significa una eliminación moralista o idealista de estos dos problemas, semejante a la que suele hacer a veces la iglesia. Los hechos no se eliminan con palabras moralizadoras. Y la lucha de clases es un hecho, como lo es la irremediable necesidad de la violencia en algunas situaciones (aunque haya que procurar reducirla al mínimo y eliminarla en lo posible).

Pero la cuestión es: ante estos hechos trágicos, ¿cuál es la actitud de quien ha apostado por el hombre hasta el fondo? Y media un abismo entre una visión de la lucha de clases que brote de una concepción darwinista de la vida y que se incorpore a ella con espíritu de cruzada o de guerra santa (actitud que no cabe negar se dio antaño) y una visión de la lucha de clases que no la constituya en ley del triunfo propio, sino en mal radical, que sólo puede ser eliminado cuando no se le cubre con humo de incienso ni se cierran los ojos a él piadosamente; y que asume la lucha sin enmascarar su tragedia y su virulencia, pero sin desolidarizarse de ella, para superarla en la sociedad sin clases, donde, en principio, hay lugar también para aquellos mismos a los que se combate. Una actitud, en fin, que intenta creer en el hombre totalmente anulado que hay debajo del opresor.

Y no será superfluo añadir que éste es el sentido que tiene para Marx la dictadura del proletariado. No se la puede comprender si no se ha captado que, para Marx, no se trata en ella de una victoria particular ni de una imposición grupal, sino que la dictadura del proletariado se halla íntimamente vinculada a la concepción de la universalidad negativa del proletariado:

En las condiciones de vida del proletariado están comprendidas en su reverso inhumano todas las condiciones de vida de la sociedad actual; en el proletariado el hombre

se ha perdido a sí mismo, pero, a la vez, ha ganado no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino el impulso para rebelarse contra esa inhumanidad (provecado por su miseria absoluta, imperativa, insoslayable e irreconciliable y que es expresión práctica de su necesidad). Por eso puede y debe liberarse el proletariado.

Pero no podrá liberarse sin suprimir sus condiciones de vida. Pues no se trata en esto de lo que un proletario u otro, o incluso el proletariado entero, pueda figurarse como norte de su vida, sino que se trata de lo que el proletariado es y lo que, de acuerdo con su ser, estará obligado a hacer históricamente.

Estas palabras de Marx en "La sagrada familia" son un simple ejemplo entre muchos, para hacernos comprender que la dictadura del proletariado es, precisamente, la dictadura del universal; esto es lo que le da su fórmula; la dictadura.

Pero esto la distingue también de la dictadura del partido. Esta es una recaída en la dictadura del particular, con las dos características clásicas: a) que el particular se arroga una misión o un significado universal mediante un mecanismo que podemos llamar "de religiosidad judía", es decir, el mecanismo por el que un pueblo particular toma su elección como una exclusión de los demás y como una totalización de sí mismo. Y b) que ya no es una dictadura del proletariado, sino una dictadura para el proletariado. Lo cual viene a complicar las cosas enormemente.

Y un último paso; esta desmitificación de toda actitud "de cruzada" en la lucha, condiciona consiguientemente la postura ante la violencia. Aunque sea un camino válido, como signo, el de aquellos que escogen la no-violencia, sigue en pie el que la iglesia y la tradición cristiana nunca han negado la necesidad de algunas violencias concretas en el orden de las decisiones prácticas, cuando provienen de la parte injustamente atacada u oprimida. Ello no obsta, repitémoslo, para que la utopía de la no-violencia

tenga su vigencia plena, como expresión inacallable de la necesidad de que la violencia no exista, y, sobre todo, cuando responde a las violencias ejercidas, no contra uno mismo, sino contra los demás hermanos. Ambas afirmaciones no se contradicen, sino que se sitúan mutuamente; y esto quiere decir dos cosas:

En primer lugar, la violencia que se ejercita nunca puede ser amada, canonizada o mistificada. Ha de ser sufrida y soportada y, por eso, a la vez que se le ejerce, se le ha de negar la capacidad para dar al que la ejercita una justificación que sólo puede esperarse del abandono confiado al juicio de Dios. La verdadera dificultad no está en el dilema violencia-no-violencia, sino en llegar a amar a aquél sobre quien se debe ejercer la violencia, de modo que ésta se sufra de veras con él. Sólo una tal violencia queda libre de la clásica y temible "espiral de violencia".

Y en segundo lugar significa, al menos para un cristiano: por imprescindible que pueda llegar a ser la violencia, nunca será remedio para esa impaciencia "escatológica" tan entrañablemente humana. Jesús decía que el reino de Dios no ha de venir aparatosamente. Y en uno de aquellos parajes sobrecogedores del Monasterio de Piedra ha quedado recogida la siguiente frase de Tagore: "No es el martillo el que deja perfectos los guijarros, sino el agua con su danza y su canción". El martillo puede ser necesario en algún momento. Pero para dejar perfectos los guijarros (y pensamos que de algo de eso se trata en el socialismo) existe un camino mucho más importante: la insistencia del agua, día a día, gota a gota, vida a vida. Una insistencia que es incluso cantora y danzarina, a pesar de que ha renunciado a palpar los frutos.

Por aquí va esa "particular actitud" frente a la lucha y la violencia. En el fondo no es una actitud negadora, sino desmitificante. En cambio, quienes tienen espíritu de cruzada y de guerra santa piensan que todo se arregla con "matar a los malos"... Pero así no se elimina el mal. Al cabo de los años se constata con rabia que "la guerra no ha

terminado todavía". Cosa que debió haberse sabido de antemano, si es que Ef 6, 12 ss significa algo.

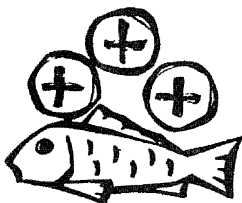
6. *Conclusión*

Al cerrar estas reflexiones surge con cierta capacidad de resumen el recuerdo de una frase de Ernesto Che Guevara: "Si el socialismo no es nada más que una mejor distribución de los bienes, entonces ya no me interesa el socialismo". La frase tiene su enjundia y es susceptible de una serie de distinguos y matizaciones que la hacen aptísima para resumir este trabajo. Porque, frente a ella, cabe una actitud dialéctica del marxista y del cristiano.

A nivel de intenciones últimas, la frase es de la más pura ortodoxia marxista, porque también para el marxismo el sentido último del socialismo es la liberación plena del hombre. En otro sentido, la frase implica cierta heterodoxia marxista, porque parece contemplar la posibilidad de un socialismo que no fuese, sin embargo, plena liberación del hombre.

Una vez contemplada esa posibilidad que muchos marxistas rechazarían es cuando el cristiano da la vuelta a la frase. En el socialismo hay que buscar sin duda la plena liberación del hombre, y así, al nivel de las intenciones últimas, todo cristiano por el socialismo estará de acuerdo con la frase del Che. Pero, aceptado el valor de la justicia por sí misma, y aceptada la desmitificación que la fe hace de la revolución y que hemos tratado de exponer en estas páginas, el cristiano puede rechazar la frase y decir: aunque el socialismo no sea más que una mejor distribución de los bienes, ya vale la pena. Así se inmuniza el cristiano, tanto contra los ensueños fanáticos como contra la resignación de quienes utilizan la escatología y la imposible plenitud humana, como argumento ideológico para favorecer la pereza intrahistórica. ¿Siempre habrá diferencias entre los hombres? No lo sabemos. Pero lo cierto es que esas diferencias pueden y deben irse reduciendo. Y que un sistema que las logra mantener entre determinados límites

(de uno a cinco, o de uno a diez si se quiere) y un sistema donde esas diferencias oscilan entre uno y trescientos cincuenta, o entre uno y cien (caso frecuente entre nosotros) plantean una opción que es interesante por sí sola. Aunque todavía quede un larguísimo y difícil camino hasta la plena liberación y el nacimiento del hombre nuevo.



El hombre y los bienes de la tierra.

Los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, por voluntad del Creador, son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de todos y cada uno de los hombres y los pueblos. De ahí que a todos y a cada uno les compete un derecho primero y fundamental, absolutamente inviolable, de usar solidariamente de esos bienes, en la medida de lo necesario, para una realización digna de la persona humana. Todos los demás derechos, también el de propiedad y libre comercio, le están subordinados. Como nos enseña Juan Pablo II, "sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social". La propiedad compatible con aquel derecho primordial es más que nada un poder de gestión y administración, que si bien no excluye el dominio, no lo hace absoluto ni ilimitado. Debe ser fuente de libertad para todos, jamás de dominación ni privilegios. Es un deber grave y urgente hacerlos volver a su finalidad primera.

Documento Puebla n.492